

suradamente; pero otra victoria que abrió el Lacio, vino a romper la liga. Con esto se sometieron muchas ciudades, y el 18 de mayo entraba Manlio en Roma triunfalmente (340).

La guerra no estaba terminada; sin embargo, el senado se dió prisa en imponer penas y conferir recompensas. Capua perdió el país de Falerno, tan famoso por sus vinos; pero mil seiscientos caballeros campanienses que habían permanecido fieles á la causa de Roma, recibieron el derecho de ciudadanía con un sueldo anual de 450 denarios cada uno, impuestos sobre los haberes de los demás habitantes. Eran unas 500,000 pesetas que pagaba el pueblo de Campania anualmente por la traición de su aristocracia. Las ciudades latinas que acababan de someterse fueron también despojadas de una parte de sus tierras, que se repartieron entre los ciudadanos á razón de dos yugadas (*jugera*) por cada uno en el Lacio, y de tres en el país de Falerno.

Entre tanto, habiendo enfermado Manlio, nombró dictador á Craso para acabar la reducción del Lacio. Pero una expedición contra Ancio que no obtuvo resultado, dió nuevo aliento á las ciudades que habían quedado en armas, y una victoria de Publio Filo no desvirtuó el descalabro de su colega en el sitio de Pedum. La república estaba en verdad agitada en aquella época por las turbaciones que trajeron la dictadura y las leyes de Publio; pero era ya el último acto de aquel largo drama. La revolución, victoriosa adentro, lo fué también afuera, y el primer acontecimiento de aquella nueva era fué la entera sumisión del Lacio.

Ancio en la costa, Pedum delante del Algido, eran los últimos baluartes de la liga, y los cónsules del año 338 se dividieron el ataque de estas dos plazas: Manlio marchó contra la primera, y batió, cerca de Astura, á los latinos de la llanura; Furio tomó la segunda, mal que pesara á todos los latinos de la montaña que hicieron esfuerzos desesperados. Desde entonces cesó la resistencia y todas las ciudades, una tras otra, fueron abriendo sus puertas.

Faltaba ahora decidir la suerte de los vencidos. Era la primera vez que el senado tenía que arreglar tan graves intereses; y lo hizo con tal prudencia que las resoluciones tomadas por él en aquella ocasión aseguraron para siempre la fidelidad de los latinos y fueron invariablemente aplicadas por espacio de tres siglos á todos los países conquistados por la república. En primer lugar se prohibió á los habitantes reunirse en asambleas generales, formar ligas, hacer la guerra, contraer matrimonio y adquirir propiedades inmuebles fuera de su territorio (1). Disuelta así la confederación latina, y no teniendo ya Roma delante más que ciudades pequeñas, condenadas al aislamiento, despertó el senado, con una repartición desigual de los cargos y privilegios, aquellos odios y rivalidades municipales tan ardientes en las ciudades italianas. Las ciudades más inmediatas á Roma quedaron ligadas á su fortuna por la concesión del derecho de ciudadanía y de sufragio. Túsculo tuvo el primero de estos derechos, no el segundo. Lavinio, Aricia, Pedum, Nomento y sin duda Gabio tuvieron los dos, y en 332 se formaron con sus habitantes dos nuevas tribus, *Mecia* y *Scaptia*.

Con Lanuvio estipularon los romanos que tendrían libre entrada sus moradores en el templo de *Juno Sospita*, adonde anualmente fueron los cónsules á ofrecer solemnes sacrificios. En el santuario había una serpiente, criada á mano, que á menudo se representa en las medallas.

Detrás de esta primera línea de ciudades que habían venido á ser romanías y cubrían la capital desde la mar hasta

(1) *Ceteris Latinis populis connubia commerciaque et concilia inters ademerunt* (Tito Livio, VIII, 14).

los montes de Sabina, Tibur y Preneste (2) conservaron su independencia, pero perdieron parte de su territorio. Priverno las tres cuartas partes, Velitras y Ancio la totalidad. Ancio entregó sus barcos de guerra, cuyas proas fueron á adornar las tribunas del Foro, y le fué prohibido armar otros en lo sucesivo. En Velitras fueron arrasadas las murallas y su senado deportado á la otra parte del Tíber. La importante posición de Sora estaba ocupada por una guarnición romana, de poco tiempo atrás; Ancio, Velitras, Priverno, y algunos años después Anxur ó Terracina y Fregelas, que dominaban los dos caminos del Lacio en la Campania, recibieron sendas colonias.

De este modo, el viejo Lacio estaba guardado por ciudades desde entonces afectas y el país de los volscos por numerosos colonos. Entre los auruncos, Fondi y Formia; en la Campania, Capua, cuya fidelidad garantizaban sus caballeros; la gran ciudad de Cumas, Suesula, Atela y Acerra obtuvieron como estímulo para permanecer en la alianza de Roma, el derecho de ciudadanía sin sufragio, ó como se decía entonces, el derecho de los *Ceritas* (338).

El año siguiente los sidicinos de Teano y de Cales acometieron á los auruncos, que habitaban una montaña volcánica, la Cortinella, cuya más alta cima domina la llanura de Campania á 3,200 pies. Temiendo sin duda allí el hambre, los auruncos abandonaron su nido de águila y se refugiaron en Suesa, que existe todavía (Sessa), á mitad de una colina, por encima de una fértil llanura, cuyas últimas ondulaciones van á morir al mar. El senado que nunca abandonó á un aliado, como tampoco olvidó á un enemigo, se dió prisa en enviar en su auxilio los dos ejércitos consulares y su mejor general, Valerio Corvo. Cales fué tomada y mantenida en respeto por una colonia de 2,500 hombres: Teano solicitó sin duda la paz; á lo menos desde aquella época no se habla de los sidicinos.

Los ausones también desaparecen; los volscos no se nombran ya desde el desastre de Ancio; ni los rútilos dan señales de vida: la mayor parte de los latinos son ciudadanos romanos. Los ecuos, los sabinos, los hérnicos reaparecieron todavía una vez, unos para caer muy luego, vencidos y quebrantados, en la oscuridad de su independencia municipal; otros para ir á perderse en la gran ciudad.

Así se simplifica el estado de la Italia central: á la variedad de las naciones sucede la unidad romana. Desde el bosque Ciminio hasta las márgenes del Volturno domina un solo pueblo. Pero la *malaria* sigue á las legiones. Las ciudades industriales del litoral latino y campaniense perderán con su independencia su actividad. La lucha contra esa naturaleza invasora se calmará, y los puertos van á llenarse, los canales á estrecharse, los ríos á derramarse al azar en aguas indómitas, que bajo un cielo de fuego harán nacer y morir incesantemente innumerables organismos, cuya descomposición exhalará á los aires gérmenes de muerte. En estos despoblados países, fértiles campos vendrán á ser mortíferos desiertos.

La misma Roma tendrá que sufrir también por ello. En 331 una espantosa peste desoló la ciudad: muchos miembros del senado habían ya sucumbido, cuando una esclava fué á declarar á los ediles que las víctimas habían perecido por el veneno. Abrióse una información, y el mismo terror hizo encontrar culpables, como en nuestros días las masas populares los han encontrado, aun en París, cuando el cólera las diezmaba: ciento noventa matronas fueron condenadas.

(2) Los ciudadanos romanos condenados al destierro podían retirarse á estas dos ciudades.

Después de este holocausto ofrecido al terror y á la necesidad, se pensó que tantos crímenes domésticos provenían sin duda de la cólera de los dioses, y para aplacarlos, se nombró un dictador, que con toda la pompa religiosa fuera solemne y gravemente á hincar un clavo sagrado en la pared del templo de Júpiter (1).

Algunos años antes (337) había dado Roma uno de estos lúgubres espectáculos que ya en otro lugar hemos descrito (2). La vestal Minucia, que había despertado sospechas de cierto género por su demasiado esmero ó afectación en sus atavíos, fué acusada de haber violado sus votos. En su virtud recibió de los pontífices la orden de cesar en sus funciones, y al mismo tiempo la prohibición de emancipar á ninguno de sus esclavos, á fin de poder interrogarles por medio de la tortura.

Habiendo sido las deposiciones lo que son siempre en tales casos, afirmativas, la desdichada joven fué condenada á muerte y enterrada viva cerca de la puerta Colina (2). Los sacerdotes, custodios tan vigilantes de la pureza del culto de Vesta, no tenían entrañas, como su diosa de piedra.

II. — SEGUNDA GUERRA SAMNITA (326-312)

Mientras los resultados de la guerra latina daban á la república un territorio de 140 millas del N.E. al S.E. y de 58 del E. al O. (3), un rey de Epiro, tío de Alejandro Magno, y llamado él Alejandro el Moloso, procuraba hacer en Occidente lo que el hijo de Filipo hacía en Oriente. Llamado por los tarentinos, derrotó á los lucanios y á los samnitas cerca de Pestum, por consiguiente á las puertas de Campania, les hizo entregar cien rehenes, que envió al Epiro, y les tomó los brucios, Terina y Siponto. Después de haber vencido, quiso organizar y procuró constituir en Turios una asamblea de los pueblos de la Italia meridional, con la esperanza de gobernar, como los reyes de Macedonia manejaban á su gusto el sínodo de Corinto.

En la guerra latina la alianza de los samnitas había salvado á Roma; pero desde que no había entre los dos aliados un pueblo enemigo, se habían despertado sus celos. Con esto supiéronse en Roma con júbilo las victorias de Alejandro, y habiéndose quejado este príncipe de las piraterías de los ancianos, que á pesar del severo y reciente castigo que habían recibido continuaban infestando el mar, se aprovechó esta ocasión para firmar un tratado con él (332). Algunos años después fué asesinado Alejandro por un lucanio (326), y la dominación que había levantado cayó también con él, sin que Roma sacara otro provecho de esta alianza que indicar á los griegos de aquella región de qué parte debían buscar un apoyo contra los bárbaros que los rodeaban.

Hacia la misma época, poseída otra vez Atenas de afán conquistador, establecía en las costas del Adriático, en un paraje que no se puede determinar, una colonia militar y mercantil á la vez, para proteger su comercio contra los piratas de las ciudades etruscas de Atria y Espina. El decreto de fundación, del que se ha encontrado un fragmento, era digno de aquella ciudad, grande aún en su decadencia. «Queremos, decía, que todos los que naveguen en esa mar, griegos ó bárbaros, estén en seguridad bajo la protección de Atenas.» Italia y Grecia, esas dos mitades del mundo antiguo, mezclaban más y más sus intereses. Dentro de algunos años vendrá un espartano á buscar for-

(1) Tito Livio, VIII, 18.

(2) Tito Livio, VIII, 15.

(3) De Sora á Ancio.

tuna á las costas del Adriático, y Pirro renovará en la península itálica la tentativa de Alejandro el Moloso.

Poco tiempo después del tratado concluído con el rey de Epiro, aseguró el senado la alianza de los galos. Esta liga de los romanos con los bárbaros del Norte de Italia y con un príncipe, que era como el representante de todos los griegos establecidos al Sud de la península, no era sino una amenaza para los pueblos sabelianos. Los dos pueblos se hicieron al principio una guerra sorda que envenenó los odios sin decidir nada. En 331 los samnitas pasaron el Liris y destruyeron á Fregelas. No se dió por ofendido el senado; pero una colonia romana fué á levantar sus arrasados muros. Los samnitas amenazaron á Fabrateria, pero el senado declaró que estaba esta ciudad bajo la protección romana. En 333 hubieron de excitar secretamente á los sidicinos; Roma batió á este pueblo y colonizó á Cales. En 329 sublevaron á los privernates, y un noble de Fondi, Vitruvio Vaco, sin duda á instigación de ellos, hizo entrar en el movimiento á Fondi y á Formia, ciudades que prestaron poca ayuda y se retiraron muy luego de la guerra. Quedando sola Priverno, se sostuvo muchos meses contra dos ejércitos consulares, y Vaco, que se había refugiado allí, fué arrastrado al triunfo de los cónsules y después decapitado: los senadores de la ciudad fueron deportados más allá del Tíber. En cuanto á los demás habitantes se deliberó en el senado sobre su suerte. — «¿Seréis fieles? — preguntó el cónsul á sus diputados. — Sí, — contestaron éstos, — si son buenas vuestras condiciones; donde no, la paz será poco estable.» El senado quiso ganar las voluntades de unos vencidos tan altivos y Priverno tuvo el derecho de ciudadanía sin sufragio; pero sus muros fueron arrasados.

Con esto fracasó el belicoso empeño de los samnitas en Fregelas, Fabrateria, Cales y Priverno, y siendo ya todo romano hasta el Volturno, se dirigieron á la Campania para ver de suscitar enemigos á la república.

Al falso rumor de que la peste desolaba la ciudad y la guerra estaba declarada á los samnitas, los griegos de Palépolis (4) habían atacado á los romanos dispersos en la Campania, y cuando los feciales fueron á pedir justicia, no recibieron más que amenazas ó injurias de sus magistrados, sostenidos por cuatro mil samnitas que habían entrado en la plaza. A las quejas de los romanos sobre esta violación de los tratados, contestaron los samnitas con la exigencia de la evacuación de Fregelas: los diputados proponían someter el asunto á la decisión de un árbitro. — «Que decida la espada, — dijeron los jefes. — Os damos cita en la Campania.»

Una imponente ceremonia religiosa precedió á las hostilidades. Sacados del fondo del santuario donde estaban en pie las estatuas, fueron los dioses recostados en lechos cubiertos de ricos tapices y convidados á un festín que los sacerdotes les sirvieron (*lectisternium*). Los templos estaban abiertos y los caminos poblados de fieles que acudían á contemplar piadosamente al dios, que confundían con su imagen. No habiéndose interpuesto ningún presagio infausto á la celebración de la solemnidad, los divinos huéspedes de Roma parecían aceptar la ofrenda y prometer su asistencia.

La guerra languideció, sin embargo, el primer año (326), bien que el senado se hubiera asegurado del apoyo de los lucanios y de los apulienses para envolver á los samnitas. Arrastrados por los tarentinos, celosos ya del poder romano, los lucanios hubieron de cambiar muy pronto de partido; pero los pueblos laboriosos y traficantes de la Apulia

(4) *Palépolis*, ó la ciudad vieja, colonia de Cumas, en las inmediaciones de Nápoles, *Neapolis*, ó la ciudad nueva.

estaban muy mal hallados en la vecindad de los samnitas para no permanecer fieles á la alianza con Roma, á lo menos mientras la fortuna le fuera favorable. Por lo demás, la defección de los lucanos fué compensada con la toma de Palépolis y con la alianza de Nápoles, es decir de todos los griegos campanienses.

El bloqueo de Palépolis había sido ocasión de una innovación importante. Para continuar las operaciones contra esta ciudad, hubo de prorrogarse el mando de Publilio Filo, que tomó el título de procónsul: por el sueldo podía tener el senado los mismos soldados sobre las armas, mientras lo exigieran las necesidades públicas; por el proconsulado pudo dejar á la cabeza del ejército á los jefes que merecían la confianza de él y la suya. La elección anual de los magistrados era una garantía para la libertad, pero un peligro para el poder. La institución del proconsulado, sin tocar á este gran principio del gobierno romano, hizo desaparecer el peligro. Así se eludió felizmente la ley Genucia, y casi siempre, sobre todo fuera de Italia, en los países cuyos generales debían estudiar detenidamente los recursos y las disposiciones, donde sea menester al mismo tiempo negociar y combatir, los procónsules serán los que acaben las guerras. Fabio Ruliano, Escipión, Flaminio, Sila, Lúculo, Pompeyo y César no tendrán más que este título cuando ganen sus más brillantes victorias.

El tratado con los griegos campanienses había expulsado de Campania á los samnitas; y una guerra de montaña, es decir, de ataques imprevistos, de agresiones súbitas, de combates oscuros, aunque sangrientos, de esfuerzos heroicos sin resultados, esta guerrilla vino á sustituir la gran guerra de las llanuras. Los romanos perfeccionaron en ella su táctica, sus armas, su disciplina, saliendo hechos de esta guerra los primeros soldados del mundo. Se acusa á la vanidad romana de haber multiplicado las victorias de las legiones: en una sola campaña cuenta Tito Livio cincuenta y tres mil muertos y treinta y un mil prisioneros. Hay aquí una exageración evidente en los números; pero es propio de las guerras de esa naturaleza ser interminables. Si los samnitas no tenían más que un pequeño número de ciudades amuralladas, cada roca era para ellos una plaza fuerte. Por otra parte, era difícil que sus bandas, compuestas de voluntarios intrépidos, pero poco disciplinados, no fueran batidas en todos los encuentros por aquellas tropas cuya organización era superior á todo cuanto la antigüedad había conocido. Los ejércitos se asemejaban á los dos pueblos: el uno confederación frágil, unión precaria de tribus no acostumbradas á asociar, á poner en común el consejo y la acción; el otro masa de doscientos cincuenta mil combatientes animados de un mismo espíritu, obedeciendo á un mismo impulso; éste, fuerza inmensa concentrada en una sola mano, al servicio de un solo interés; aquél, valor indómito, pero dividido y persiguiendo fines diferentes.

Muchas ciudades oscuras tomadas á los samnitas ó orillas del Vulturno, el pillaje de algunos valles, el levantamiento y luego la derrota de los vestinos, son los únicos acontecimientos conocidos en estos primeros años de la guerra. Pero á la sequedad de los anales sucede de repente en 324 la brillante narración de la querrela del dictador Papirio con su maestro de caballería Fabio Ruliano. El dictador no había obtenido en el campamento augurios satisfactorios y hubo de volver á Roma á buscarlos más favorables. Dejó á Fabio el mando del ejército, pero con la expresa prohibición de combatir, puesto que los pollos sagrados no prometían la victoria. Pero habiéndose ofrecido ocasión propicia, la aprovechó el audaz Fabio y venció á los samnitas.

A la nueva de esta infracción de la disciplina y de este

reto á los dioses, salió Papirio de Roma, acudió al campamento y citó al maestro de la caballería á su tribunal.

«Quiero saber de tí, Q. Fabio, ya que la dictadura es el poder supremo á que obedecen no solamente los cónsules investidos de la autoridad real, sino también los pretores, creados bajo los mismos auspicios que los cónsules, quiero saber de tí, si crees ó no justo que un maestro de la caballería se someta á sus órdenes. He de preguntarte también, si convencido como estaba yo de la inseguridad de los auspicios, debía entregar al azar de la batalla la salud del Estado, á pesar de nuestras santas ceremonias, ó renovar los auspicios á fin de no hacer nada sin saber claramente que los dioses estaban por nosotros. Te pregunto, en fin, si cuando un escrúpulo de religión impedía obrar al dictador, podía hacerlo su maestro de la caballería. Contesta, pues; pero contesta á esto solo; ni una palabra fuera de esto.»

Fabio intentó hablar de su victoria; pero Papirio le interrumpe y llama al lictor. «Prepara las varas y el hacha.» A estas palabras cunden los murmullos y amaga la sedición bajo las banderas. Por fortuna viene la noche y, según el uso, se deja para el día siguiente la ejecución de la sentencia.

En este intervalo se evade Fabio del campamento y llega á Roma, donde en virtud de su cargo convoca el senado. Su padre, que había sido dictador y tres veces cónsul, comenzaba á vituperar la violencia é injusticia de Papirio, cuando se oye el ruido de los lictores abriendo paso y aparece el dictador. En vano procuran los senadores aplacar su cólera; el dictador manda prender al culpable.

El viejo Fabio desciende entonces al Comicio, adonde ya había acudido el pueblo, y apela á los tribunos en defensa de la causa de su hijo.

«¡Varas! ¡hachas! exclama, ¡varas! ¡hachas para un caudillo victorioso! Pero ¿qué suplicio se hubiera reservado para mi hijo si el ejército hubiera perecido? ¿Es posible, tribunos del pueblo y pueblo romano, que aquel por quien la ciudad viste de gala, alegre y orgullosa, y los templos están abiertos y se elevan acciones de gracias á los dioses; es posible que ese hombre sea despojado de su clámide y apaleado y decapitado á vista de vuestros ojos, pueblo romano, y en presencia del Capitolio y de sus dioses, á quienes no en vano ha invocado en dos combates?»

Los senadores, los tribunos y el pueblo mismo están de parte del glorioso culpable. Pero Papirio permanece inflexible: recuerda la santidad de los auspicios y la majestad del *imperium*, que deben ser siempre respetadas, y demuestra los funestos resultados de una desobediencia impune.

«Todo, dice, todo está aquí enlazado, la disciplina de la familia, de la ciudad, del ejército. ¿Queréis, tribunos del pueblo, queréis ser responsables á la posteridad de las desdichas que han de seguir al agravio inferido á las reglas de nuestros mayores? Entonces ofreced vuestras honradas cabezas al oprobio para rescatar la falta de Fabio.»

Turbados é inquietos por sí mismos los tribunos, guardaron prudente silencio. Pero el pueblo recurre á la súplica, y el viejo Fabio y su hijo caen de hinojos á los pies del dictador.

«En hora buena, dice Papirio al fin, la disciplina militar y la majestad del mando que parecían hoy próximas á hundirse, han triunfado ya. Fabio no queda absuelto de su culpa; debe su perdón al pueblo romano, al poder tribunicio, que ha pedido gracia, no justicia.»

La gracia no fué completa, sin embargo. Papirio nombró otro maestro de la caballería, y á Fabio, á quien no podía destituir, prohibió todo acto de su magistratura (1).

(1) Tito Livio, VIII, 30-35.

¡Bella narración y dramática escena! Papirio luchando solo en nombre de la ley contra el senado, contra los tribunos, contra el pueblo mismo, representa muy bien esa dureza romana que no cede á la naturaleza, ni á la fortuna, ni á los golpes de los hombres. Era menester esta roca para soportar el imperio del mundo; mas para conquistar este imperio era menester también ese respeto á la disciplina social, ese hondo sentimiento de la responsabilidad que á cada uno incumbe en la vida pública. Por eso es siempre útil repetir esta vieja historia.

De vuelta al campamento, Papirio batió á los samnitas, los cuales pidieron ya la paz (323). Pero sólo se concluyó una tregua, tan necesaria á los romanos como á sus enemigos. Síntomas alarmantes parecían anunciar la próxima renovación de la guerra latina: Túscolo, una de las más antiguas aliadas de Roma, vacilaba en su fidelidad, y Velitras y Priverno pretendían recobrar su independencia. Pero la prudencia del senado disipó esta tempestad: en vez de emplear la fuerza desarmó á las ciudades rebeldes concediéndoles el pleno derecho de ciudadanía, y en 323 se ve al que era dictador de Túscolo sentarse en el senado como cónsul del pueblo romano.

Aquel mismo año murió Alejandro en Babilonia. Muchas ciudades de Italia le enviaron embajadores.

No bien había expirado la tregua, cuando tomaron las armas los samnitas, alentados por la defección de una parte de los apulienses; pero Fabio rompió esta coalición con una victoria y con el recobro de Luceria levantó en la Apulia la influencia romana. Con esto los samnitas fueron rechazados así al E. como al O. de sus montañas y ningún aliado se pronunciaba por ellos, aun en el seno de la confederación marsa. Por segunda vez solicitaron la paz, y no pudiendo entregar vivo al autor de la última ruptura, Brunio Papiro, enviaron á Roma su cadáver. La negativa del senado reanimó la energía de los samnitas, que pusieron á su frente á C. Poncio de Telesia, el hijo de aquel sabio Herenio á quien Cicerón creía amigo de Arquitao y de Platón. Los dos ejércitos consulares estaban en la Campania, y Poncio les hizo dar el falso aviso de que Luceria vivamente hostigada por todo el ejército samnita, iba á abrir sus puertas si no era socorrida sin demora. En su celo, hubieron de olvidar los cónsules su prudencia, y echando por lo más corto, penetraron en el angosto valle del Caudio. De improviso aparecieron los enemigos, y cerrando las salidas, amenazaron desde lo alto de las rocas que dominaban el estrecho desfiladero con la destrucción de las cuatro legiones.

En esta situación se empeñó una lucha desesperada, que duró sin duda muchos días, al cabo de los cuales, como también faltaran víveres, fué preciso rendirse al enemigo (1). «Matadlos todos, decía el viejo Herenio, padre del general samnita, si queréis la guerra, ó dejadlos ir libres y con sus armas si queréis más bien una paz gloriosa.» Poncio quiso gozar su triunfo y los dejó ir libres, pero deshonrados, con la vergüenza en la frente y un odio implacable en el corazón. Los que quedaban de los cuarenta mil romanos tuvieron que pasar bajo el yugo y á su cabeza los dos cónsules Postumio y Veturio, cuatro legados, dos cuestores y doce tribunos legionarios. Seiscientos caballeros entregados en rehenes respondían de la paz jurada por los caudillos del ejército (321).

(1) Tito Livio (IX, 2, 6) no habla de una batalla, pero Cicerón (*de Sen.*, 12, y *De Off.*, III, 30) la conocía; es posible que después de su derrota, cayera el ejército romano en el mal paso de las Horcas Caudinas.

Para el orgullo nacional, esta humillación fué peor que un desastre, y hubo por ella en Roma un duelo universal. Dos veces se nombró un dictador y otras tantas obligaron á anular la elección siniestros presagios. Valerio Corvo hizo, en fin, como interrey, elevar al consulado á dos de los más ilustres ciudadanos de la república, á Papirio y al plebeyo Publilio Filo.

Cuando se deliberó en el senado sobre el tratado de paz se levantó Postumio y dijo: «El pueblo romano no puede quedar ligado por un tratado concluido sin su aprobación; mas para desembarazar la fe pública, es preciso entregar á los samnitas los jefes que juraron la paz.»

Haciendo callar todos los escrúpulos el interés del Estado, creyó al parecer el senado que la sangre de aquellas víctimas voluntarias rescataría el perjurio, aun ante los dioses, y en su virtud los cónsules, los cuestores y los tribunos, encadenados como esclavos, fueron conducidos por los feciales al ejército samnita (2).

Cuando estuvieron en presencia de Poncio: «Ahora soy samnita,» dijo Postumio, y dando con la rodilla un golpe al fecial, añadió: «Violo el carácter sagrado de un embajador; que venguen los romanos este ultraje; ahora tienen un justo motivo de guerra. — ¿Es lícito burlarse así de los dioses? exclamó indignado el general samnita. Llevaos allá vuestros cónsules y que mantenga el senado la paz jurada, ó que vuelva á enviar sus legiones á las Horcas Caudinas.»

La fortuna recompensó la iniquidad. Verdad es que los samnitas sorprendieron á Fregelas, á cuyos defensores pasaron á cuchillo, á pesar de la capitulación, y sublevaron á Luceria; pero el senado, volviendo á tomar audazmente la ofensiva, envió á los dos cónsules á la Apulia para no salir de ella hasta haber dado una sangrienta lección á aquellos infieles aliados. Publilio, á la cabeza de las legiones de Caudio, batió un ejército en el Samnio, y fué á la Apulia á reunirse con Papirio, que había rechazado con altivez la intervención de los tarentinos, dispersado al enemigo en un impetuoso ataque y recobrado á Luceria. Aquí encontró á los seiscientos caballeros dejados en rehenes y las armas y banderas perdidas en Caudio, y en su indignación hizo á su vez pasar bajo el yugo, medio desnudos y sin armas, á siete mil prisioneros samnitas, con su caudillo á la cabeza, el noble é imprudente Poncio Herenio (320).

Los triunfos de esta campaña son una reparación demasiado brillante de los desastres del año precedente para que no se haga sospechosa la fidelidad de los anales. Como los romanos pretenderán cuarenta años después haber borrado la vergüenza del Alia, quisieron borrar en 320 la de las Horcas Caudinas, y para que no se pueda poner en duda tan rápido desquite, presentaban á la Apulia otra vez aliada y á los samnitas obligados á pedir una tregua de dos años en 318. Estos precipitados éxitos son cuando menos dudosos (3) y los acontecimientos que siguieron autorizan esta duda.

Acababa el senado de enviar á Capua un prefecto para administrar allí justicia, y en realidad para vigilar y tener á raya á aquellos inquietos y levantiscos habitantes: era privar á los campanienses de un derecho reconocido ó respetado en los más oscuros y humildes vencidos y provocar

(2) Tito Livio, (IX, 8, 9) y Cic. (*De Off.*, III, 30) justifican la ruptura del tratado concluido *injussu populi senatusque*, y tienen razón. Un general que por su culpa se ha metido en un peligro, debe salir de él á su costa: puede estipular en capitulación por su ejército, pero no hacer un tratado por su gobierno.

(3) Diodoro (XX, 72) dice que Luceria no fué conquistada hasta el año 314.

un descontento de que se aprovecharon los samnitas (1). Golpe sobre golpe supose en Roma que Plístia había sido tomada y destruida, ocupada la misma Fregelas, pasada á cuchillo la colonia de Sora, y arrastrada á una sublevación Latícula, distante algunas leguas de Capua. Luego al punto se envió un dictador contra esta última ciudad, que estrechamente bloqueada, tuvo que rendirse después de un esfuerzo inútil de sus nuevos aliados para atravesar las líneas romanas.

Pero entonces, llamando los samnitas á las armas á todos los hombres en edad de combatir, forzaron al dictador á retroceder á las gargantas de Lautules entre Terracina y Fondi. Mientras seguían á Fabio en esta dirección, dejaban la Apulia abierta á los cónsules que fueron allá á recobrar á Luceria. Dos caminos conducían de Roma á la Campania: el de arriba por el valle del Trero, confluyente del Liris, y el de abajo, que muy en breve será la vía Apia, al través de las lagunas Pontinas. Fregelas, ocupada por el enemigo, cortaba la primera, y por la segunda recibió de Roma Fabio un numeroso cuerpo, que presentándose de improviso en lo más recio de la acción empeñada con los samnitas aseguró la victoria de los romanos (315).

Cada una de las ciudades italianas, grande ó pequeña, tenía dos facciones, como Roma las había tenido durante mucho tiempo, pero como felizmente para fortuna suya no las tenía ya. El senado romano, que dirigía la política exterior, se inclinaba naturalmente á buscar la alianza del partido aristocrático, mientras el partido popular tendía al lado opuesto: de suerte que cuando se empeñó la guerra en las dos naciones más poderosas de Italia, cada ciudad tuvo su facción romana y su facción samnita. De aquí las continuas defecciones que vemos producirse en contra del uno ó del otro adversario, según el partido que por el momento predomina en la ciudad.

En Capua, por ejemplo, había asegurado Roma á los ricos privilegios que debían causar viva irritación en el resto de los habitantes. Con esto se tramó una conjuración para llamar á los samnitas, y el movimiento cundió á las ciudades del bajo Liris, en el país de los aurunces; pero en el Lacio nada se movió, por lo cual tuvo el senado tiempo para reunir fuerzas y favorecer intrigas que abrieron á los legionarios las puertas de Ausona, Minturna y Vescia, cuyos habitantes fueron pasados al filo de la espada. Desde esta guerra el nombre de los aurunces desapareció de la historia (2). Ovio y Novio, jefes de la insurrección de Capua, se dieron la muerte, y habiendo caído otra vez en manos de las legiones Sora y Fregelas, los habitantes que habían hecho traición á los colonos romanos fueron conducidos á Roma y decapitados. Era un holocausto ofrecido al pueblo, pues con esta terrible ejecución decía el senado á todos que el ciudadano enviado á una colonia podía contar en vida con vigilante protección y en muerte con una venganza inexorable. Y los antiguos amaban la venganza.

Según Tito Livio, después de haber recobrado la Campania, fué el ejército á buscar á los samnitas, no lejos de Caudio, y les mató treinta mil hombres. Gran carnicería, puesta demasiado cerca de las Horcas Caudinas para que el historiador ó los cronistas por él copiados no hayan querido que la afrenta inferida en aquel sitio al honor militar de Roma hubiera sido dos veces expiada (314).

Con todo eso, obrando las legiones al tenor de un plan

(1) Nuceria, en el Sarno, al SE. de Capua, acababa de sublevarse (Diod., XIX, 65).

(2) Tito Livio, IX, 25. *Nullus modus cadivus fuit; deletaque Ausonum gens.*

hábilmente combinado y perseguido con perseverancia, lograron otra vez más rechazar á los samnitas al Apenino y encerrarlos allí al E. y al O. con una línea de plazas fuertes. Sueta, Aurunca, Interamna del Liris, Casino, y en la Apulia, Luceria, recibieron colonias romanas. Para vigilar á los corsarios tarentinos que recorrían el mar Tirreno, envió el senado otra colonia á la isla Pontia. Esta medida se relacionaba con la reciente creación de una flota de guerra y con el nombramiento de dos prefectos marítimos (3).

A vueltas de estas narraciones bélicas, trae Tito Livio un incidente grotesco, «poco digno de referirse, dice, si no interesara á la religión.» Es, en efecto, un detalle que no deja de tener cierto interés para el historiador de las costumbres de un pueblo tan grave y frívolo á la vez. Las fiestas religiosas, los sacrificios, la observación de los signos celestes y hasta los tristes funerales exigían la presencia de los tañedores de flauta, que en otro tiempo se hicieron venir de la Etruria y formaban ya un gremio ó corporación entre civil y religiosa.

Y sucedió que habiéndoles prohibido los censores asistir á los banquetes sagrados del templo de Júpiter Capitolino, á los cuales habían sido hasta entonces admitidos, hubieron de aconsejarse de su propio é inofensivo despecho y se retiraron todos á Tibur.

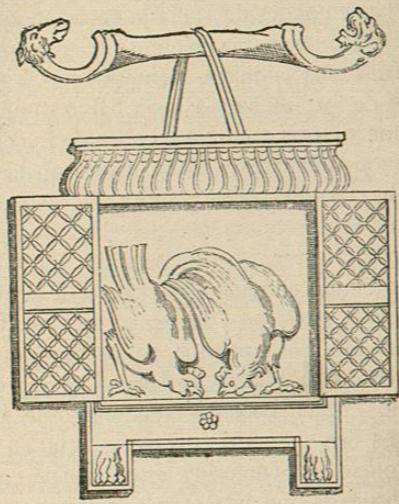
Muy alarmado el senado por la interrupción de un rito necesario, los reclamó formalmente; pero los tañedores se negaron á regresar á Roma, y para hacerles volver á sus deberes religiosos fué preciso recurrir á la astucia.

Un día de fiesta, á pretexto de dar mayor solemnidad con el encanto de la música, los ricos de Tibur los convidaron y obsequiaron generosamente haciéndoles beber hasta que se cayeron de puro beodos, que era lo que pretendían sus generosos anfitriones. Entonces los cargaron en carros y los restituyeron á Roma en tal estado, dejándolos abandonados en medio del Foro. Cuando por la mañana se despertaron, todo el pueblo estaba al rededor de ellos. Devolviésoles el privilegio que habían tenido antes, y para sellar la reconciliación, se instituyó una fiesta de tres días, especie de mascarada cuyos héroes eran ellos y que se celebraba con cantos, danzas y una loca alegría (5).

(3) *Duumviri navales* (Tito Livio, IX, 30).

(4) En los campamentos se deducían los presagios del apetito de las aves, ordinariamente pollos de gallina. El *templum*, ó espacio destinado á la observación de los signos, se trazaba en el suelo; el *pullarius* traía á él la jaula y la abría, dando de comer á las aves. Cuando se arrojaban con avidez al grano, sobre todo cuando lo dejaban caer del pico, era fausto el presagio, lo cual se procuraba fácilmente teniendo-los en ayunas ó dándoles una pasta friable. Usando y todo estas astucias con el cielo, no dejaban de creer en el presagio los romanos, incluso el mismo Papirio Cursor (*Dict. des Antiq. grecq. et rom.*, pág. 556).

(5) Tito Livio, IX, 30; Ovid., *Fast.*, VI, 651 y sigs.



Jaula de pollos para los auspicios (4)

CAPÍTULO XV

COALICIÓN DE LOS SAMNITAS, DE LOS ETRUSCOS Y DE LOS SENONES

(311-280)

I. — TERCERA GUERRA SAMNITA (311-303).

Los samnitas luchaban solos hacía diez y seis años, hasta que al fin se movieron los demás pueblos. La tregua de cuarenta años firmada con los tarquinienses iba á terminar, y las ciudades etruscas, que no oían ya rugir allende el Apenino á las hordas de los galos, veían con espanto crecer á cada campaña la fortuna de Roma. Algunos emisarios samnitas hubieron de arrastrarlos y volvió á formarse la antigua liga de las lucumonias. Mientras las legiones estaban retenidas en el Samnio, en el sitio de Boviano, cincuenta ó sesenta mil etruscos vinieron á cercar á Sutri, la fortaleza que, por la parte del Norte, cubría los aproches de Roma. Una vez tomada esta plaza, estaban en pocas horas de marcha al pie del Janículo. Desde la batalla de Alia, el senado conservaba siempre dos legiones en la ciudad, y esta reserva procuró levantar el bloqueo de Sutri. Una batalla indecisa contuvo al enemigo hasta la llegada de algunos refuerzos conducidos por Fabio, héroe de esta guerra. La toma de Boviano dejaba disponible el otro ejército consular, que el senado quería dirigir también hacia la ciudad sitiada; pero los samnitas se corrieron á la Apulia y fué preciso seguirlos.

Fabio quedó, pues, solo: las líneas de los etruscos eran demasiado fuertes para forzarlas, y ellos rehusaban salir de ellas. Fabio los deja quietos, avisa al senado que cubra el servicio de Roma con un ejército de reserva y sin esperar órdenes que acaso subvirtieran su atrevido plan, atraviesa el bosque Ciminio, que ha hecho explorar por su hermano disfrazado de pastor toscano, penetra en los ricos campos de la Etruria central, y pasando cerca de Castel d'Asso y de Norchia, ciudades de muertos hoy, ayer pueblos florecientes, hace morder el polvo junto á Perusa á sesenta mil etruscos ó úmberos. Tres de las más florecientes ciudades, Perusa, Cortona y Arretium (Arezo) piden una tregua de treinta años; Sutri estaba á salvo, la confederación disuelta (1) y vengada en fin la matanza de la gente Fabia, á orillas del Cremera en 479.

Mientras tanto, enviado Marcio Rutilo contra los samnitas, por poco no encuentra otras Horcas Caudinas: sólo medio vencido había podido salir del campo de batalla y el Samnio amenazaba con un heroico esfuerzo. Ardientes exhortaciones agitaban toda la montaña llamando á los más bravos al juramento de la ley sagrada. El senado recurrió

(1) Diodor., XX, 35. Según Tito Livio, la batalla se dió cerca de Sutri, al rededor de las legiones de Etruria. Exagera singularmente el terror inspirado por el bosque Ciminio, temido de los mercaderes como todos los malos pasos, como el *border* escocés, pero explorado ya por un ejército en la guerra contra Volsena en 390. La misma Tarquinio está situada al Norte de la parte Sudoeste del *Ciminus saltus*, hoy el monte de Viterbo.

al que había reparado el desastre de Caudio, á Papirio (2). La edad había ya encorvado su cuerpo y debilitado sus fuerzas: no era ya el Aquiles romano, pero era siempre uno de los primeros generales de la república. El nombramiento del dictador pertenecía á Fabio y el cónsul no había olvidado los resentimientos del antiguo maestro de la caballería. Todo un día estuvo vacilando; pero el patriotismo venció, y á media noche, lejos de ojos y oídos profanos, nombró dictador á Papirio. Junio Bubulco, el conquistador de Boviano, Valerio Corvo y un Decio fueron sus lugartenientes.

El ejército samnita estaba ya preparado. Muchos guerreros habían hecho ante los altares, y en medio de imponentes ceremonias, el solemne juramento de vencer ó morir, y vistiendo sus más espléndidos trajes de guerra, unos sayos de vivos colores y dorados escudos, otros blancas túnicas y escudos de plata, todos el casco rematado en un brillante penacho, marchaban al combate, adornados así para el triunfo como para el sacrificio. Y para el sacrificio fué, porque sucumbieron. Cuando Papirio subió al Capitolio, largas hileras de carros atravesaban la vía triunfal, cargados de armas de los sacrificados samnitas. Con ellas se adornaron las tiendas del Foro y de ellas llevaron como gloriosos trofeos los aliados campanienses al volver á sus ciudades (309).

Los temores del senado no estaban aún desvanecidos: Papirio conservó la dictadura todo aquel año y Fabio quedó como procónsul á la cabeza de las legiones de Etruria, no habiendo comicios consulares.

Entre el Tíber y el bosque Ciminio había un lago, que Plinio el Joven describe con pueril complacencia, y no es ya más que un estanque de aguas sulfurosas, el *laghetto di Bassano*, en otro tiempo *lacus Vadimonius*, famoso por haber visto dos veces caer á sus orillas la fortuna de la Etruria. Y es que el desfiladero que se extiende del lago á las estribaciones del Ciminio es el paso más fácil que se abre á un ejército para penetrar desde Roma en el valle superior del Tíber. Los etruscos hubieron de acudir para un supremo esfuerzo: habían desplegado todas las pompas religiosas y proclamado la ley sagrada que consagraba los fugitivos á los dioses infernales; cada soldado había elegido un camarada de armas, á cuyo lado debía combatir con el empeño y la resolución de vencer ó morir.

El choque fué terrible: dos de las líneas romanas quedaron rotas, y la tercera, donde estaban los triarios, mantuvo el combate, habiendo decidido la victoria los jinetes, que echaron pie á tierra. «La fuerza de la nación, dice Tito Livio (3), quedó destruída en esta batalla.»

(2) Los romanos le dieron el sobrenombre de *Cursor*, como Aquiles, y le hubieran opuesto á Alejandro, dice Tito Livio, si este príncipe hubiera traído sus armas á Occidente.

(3) IX, 39: *Casum in acie quod roboris fuit.*